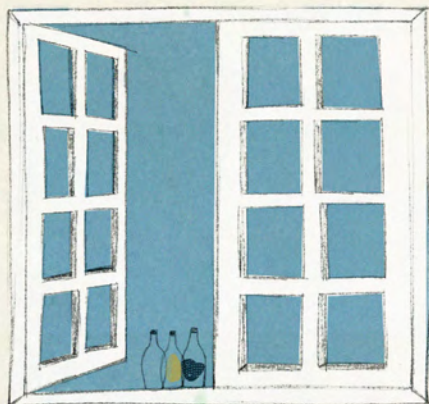


I PREMIO DE LITERATURA INFANTIL CIUDAD DE MÁLAGA, 2010

La bicicleta de Selva

Mónica Rodríguez



Ilustraciones de Anuska Allepuz



ANAYA

I PREMIO DE LITERATURA INFANTIL CIUDAD DE MÁLAGA, 2010

La bicicleta de Selva

Mónica Rodríguez

Ilustraciones de Anuska Allepuz



ANAYA

1



Conocí a Selva hace muchos años. A pesar de su nombre o tal vez por él, Selva era negra y alegre, y tenía ojos de mar. Cuando la veía en clase, inclinada hacia el cuaderno, yo pensaba en un tronco en mitad de la selva. Pero luego ella levantaba el torso, me miraba y sonreía. En su risa y en sus ojos no estaba la selva, estaba la mar. A veces en ella habitaba también el desierto. No sé cómo lo hacía.

7

Selva era de algún país lejano.

—Un país con árboles y lianas y animales salvajes.

—No —me dijo Selva—, un país con arena.

—¿Y con mar?

—No, solo con arena.

Eso fue lo único que supe del país de Selva.



2



Tal vez quieras saber por qué te hablo de ella.

9

Fue hace mucho tiempo. Cuando yo era pequeño, fíjate cuánto. Pero Selva sigue aquí en mi memoria. Ahora me pongo la mano en el pecho y te digo que también sigue aquí, latiendo.

El corazón de los niños viaja más deprisa. Tal vez sea por eso que a nosotros, los ancianos, nos late tan despacio que podemos saber qué llevamos dentro. Bueno, a lo mejor es una tontería, pero yo pienso que llevo a Selva aquí dentro.



3



Cuando llegó a clase y la maestra nos dijo que se llamaba Selva, no sabíamos si admirarla o reírnos de ella. Yo me decidí por lo primero y no me equivocaba.

Selva a veces era de agua.

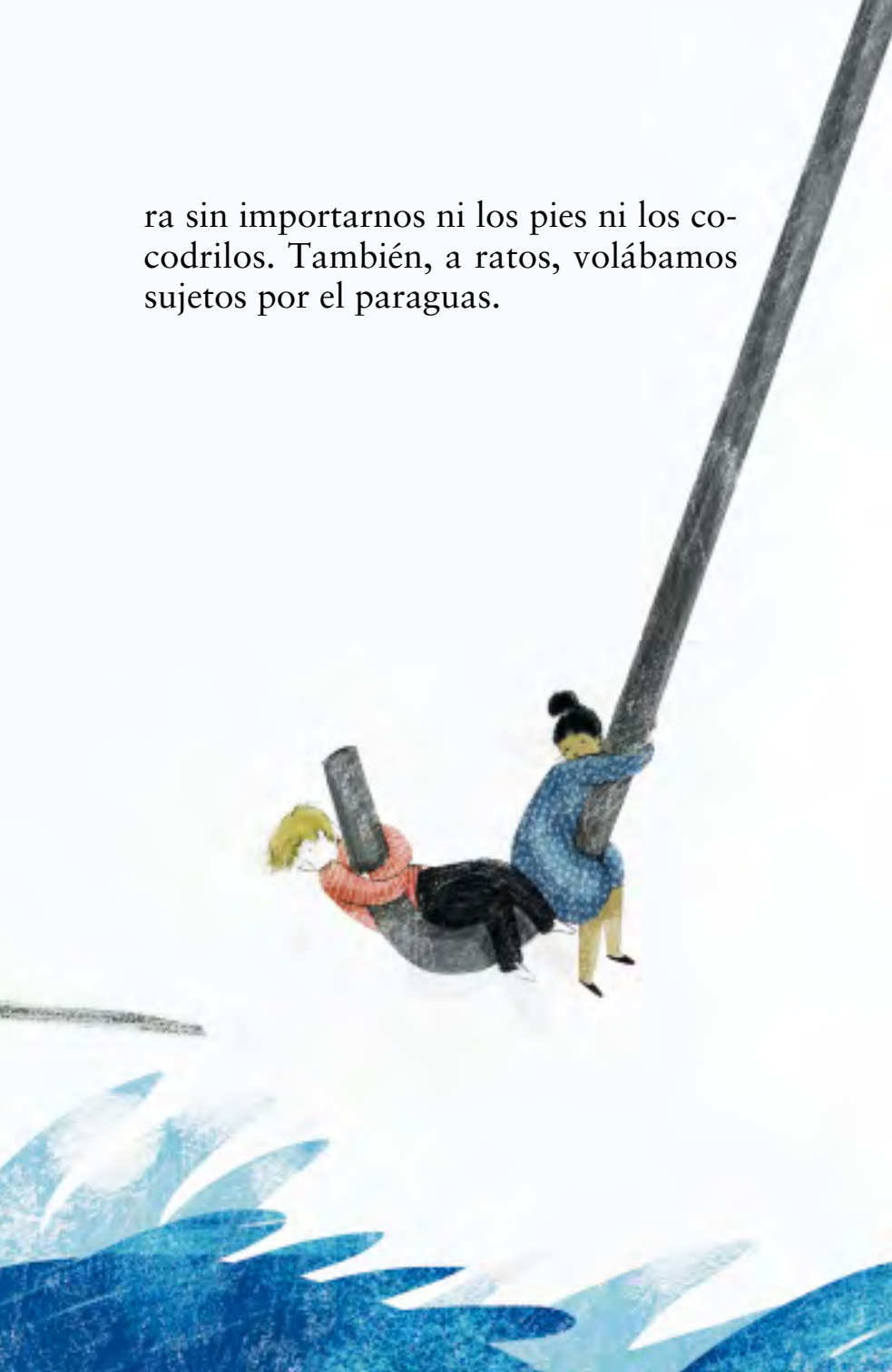
Recuerdo ese día. Llovía. Yo corría hacia el colegio y Selva apareció con el paraguas más grande de la región.

—¿Te tapo?

Corrimos juntos bajo el paraguas.

Correr con Selva debajo de aquella tela, con el agua cayendo a chorros y su piel mojada y luminosa por el rojo del paraguas, era como cruzar una selva. O un océano. Los charcos nos mordían los zapatos y nosotros seguíamos a la carre-

ra sin importarnos ni los pies ni los cocodrilos. También, a ratos, volábamos sujetos por el paraguas.





Recuerdo otra tarde en que Selva se sentó conmigo en un banco del patio. Era de madera y estaba pintado de azul, un poco descascarillado. Hacía sol y Selva se sentó a mi lado, sí, a mi lado. Y eso que había más bancos y más niños. Me miró y sonrió. Su risa era muy blanca, llena de mar.

—¿Hacemos pizpireladas?

—¿Pizpireladas?

—Y guruchetas.

—¿Guruchetas?

Pero no hicimos nada de eso porque de pronto el banco era un barco que se deslizaba río abajo y tuvimos que sujetarnos. Un salto de catarata. Y espuma y aire.

Pero también aquellos piratas que venían con un cuchillo en la boca. Enviamos una paloma mensajera y fue la risa de Selva quien desató su vuelo por el cielo.

Sí, todo eso es lo que tenía Selva. Ahora ya sabes su secreto. Selva hacía que todo fuera distinto. Y también tenía una bicicleta.

¿Que por qué me acuerdo de la bicicleta de Selva? Ahora lo verás. Yo creo que fue por eso que Selva sigue aquí, latiendo en mi pecho, aunque ya hayan pasado casi sesenta años.



